
Variaciones Cela

Adolfo Sotelo Vázquez



ÍNDICE

Introducción	11
--------------------	----

PRIMERA PARTE

Mirada y memoria de Iria Flavia	15
Cela, viajero: <i>Del Miño al Bidasoa</i> (1948)	18
Camilo José Cela y Ourense	20
Camilo José Cela y su familia paterna	23
Cela, posible director de <i>La Voz de Galicia</i> (1950)	25
El primer Cela: el periodismo y la pintura	27
El pintor Cela y la pintura gallega (1946-1953)	30
De Cela e Isaac Díaz Pardo	33
De Cela y Rafael Zabaleta	36
De Cela y Laxeiro	39
Eduardo Blanco Amor y <i>La familia de Pascual Duarte</i>	42
Hacia <i>A familia de Pascual Duarte</i> (Vigo, 1962)	44
Cela y Silvio Santiago en Venezuela (1953)	47
De <i>La catira</i> (1955) a <i>O silencio redimido</i> (1976)	50
El tour gallego del académico Camilo José Cela (1957)	52
Cela y Celso Emilio Ferreiro en Formentor (1959)	55
Doctor <i>honoris causa</i> por la Universidad de Santiago de Compostela	58
La fascinación por Valle-Inclán	60
Valle-Inclán, espejo de Camilo José Cela	63
El Pazo do Vinculeiro (1971)	66
Iria Flavia, Padrón y la Fundación Camilo José Cela	68
No perdamos la perspectiva	71

SEGUNDA PARTE

Los primeros meses de la posguerra	77
El año 1942 y <i>La familia de Pascual Duarte</i>	80
Primeras entrevistas a Camilo José Cela	83

Manuel del Arco y el primer Cela	86
Cela tiente el arte cinematográfico	89
En los alrededores de 1952	93
El Congreso de Periodistas (Santiago de Chile, 1952)	96
Camino de la isla de Mallorca.	99
Mallorca, escenario imprescindible	102

TERCERA PARTE

<i>Un marino mercante</i> (1944-1945): un proyecto de novela de Camilo José Cela.	107
Noticia sobre las Conversaciones Poéticas de Formentor (1959)	111
Antoni Tàpies y <i>Papeles de Son Armadans</i>	120
Salvador Espriu, Camilo José Cela y <i>Papeles de Son Armadans</i>	132

INTRODUCCIÓN

Las *Variaciones* convocan desde las geniales de Johann Sebastian Bach a ejercicios artísticos, mitad teóricos y mitad prácticos, sobre aspectos alusivos, enigmáticos, cuando no secretos. La intención de las páginas que siguen se pauta con el diapasón de un Camilo José Cela que teoriza y practica las letras canónicas y otras artes, e incluso varias empresas culturales. Lo que nos permite advertir que el lector que busque en estas *Variaciones* al escritor a secas puede prescindir de ellas. No, en cambio, quien quiera ahondar en los perfiles de un artista —sobre todo, escritor— que desde la más inmediata posguerra se fue adueñando de un otero preeminente de la cultura española, que quizás tenga su completa visualización cuando la cronología que abarca este libro se cierra, es decir, durante los años sesenta del siglo pasado.

Los artículos y los ensayos que componen *Variaciones Cela* se han escrito a lo largo de la última década, siempre con posterioridad a mi libro *Camilo José Cela. Perfiles de un escritor* (Sevilla, Renacimiento, 2008). Los artículos que ocupan las partes primera y segunda han tenido una inicial redacción para dos periódicos, *La Región* (Ourense) y *Última Hora* (Mallorca), mientras que los ensayos de la tercera parte proceden de revistas culturales de corte más académico, aunque he tratado con retoques oportunos que no se exilien de la alta divulgación, precipitándose por los senderos de la erudición inútil.

La primera parte de *Variaciones Cela* se documenta en las esmeradas colaboraciones periodísticas durante los años cuarenta y cincuenta del luego aclamado premio Nobel gallego. En realidad, he querido que fuese el mundo gallego y la pintura y los pintores los motivos centrales de esa primera parte, con algunos aditamentos que muestran las luces y las sombras de la personalidad y los quehaceres de Cela. Siempre que ha sido pertinente me he apoyado en la oceánica correspondencia del primer Cela.

En la segunda parte he tratado de presentar momentos de la biografía de CJC, desde sus primeros pasos como colaborador e incluso redactor jefe en las revistas del SEU a su llegada a la isla de Mallorca (espacio y tiempo fecundísimos para el escritor), mediante las entrevistas que se documentan en la prensa de aquellos años. Muchos aspectos se han disuelto con el paso del tiempo, pero resultan imprescindibles para adentrarnos en el enigmático universo del escritor.

Con herramientas más próximas a las académicas se ha fraguado la tercera parte de *Variaciones Cela*. En ella, al margen de la breve noticia sobre la génesis del proyecto tan sólo abocetado de su novela nonata *Un marino mercante*, he centrado las *Variaciones* en Mallorca y en la insólita empresa cultural de *Papeles de Son Armadans* (1956-1979), con una unidad para las Conversaciones Poéticas de Formentor (1959) y con dos unidades ensayísticas más que tratan respectivamente de las relaciones con dos artistas catalanes contemporáneos por los que Cela sintió una gran admiración y estima: Antoni Tàpies y Salvador Esriu. Ambas relaciones advertirán al lector de las muchas caras que forman la poliédrica personalidad del protagonista de las presentes *Variaciones*.

Por último, quiero agradecer la colaboración muy valiosa en la documentación, especialmente la gráfica, de las personas que laboran día a día en la Fundación Pública Galega Camilo José Cela por mantener vivo y operativo un legado gigantesco: gallego, español y universal.

Iria Flavia y Barcelona,
febrero de 2018

PRIMERA PARTE



MIRADA Y MEMORIA DE IRIA FLAVIA

«O xeitoso voar do vincallo, que me pintaba jeribeques en torno a la cabeza y saludables desidias alrededor de mis ojos atónitos, iba y venía por el cielo de Iria, por el carballedo de Pedreda, por la piadosa nube de Herbón, mientras unos versos dolientes me golpeaban las sienes, casi con una deleitosa suavidad, para que ya de niño me pudiese sabiamente herir aquella geografía que llevo, a la vuelta de tanto tiempo ya, aún pegada, para mi bien, a los más hondos pliegues de los párpados.»

Esta geografía única se guarda siempre en la mirada y la memoria de un artista que escribía en 1953 las líneas que acabo de citar para el número del centenario de *Faro de Vigo*, bajo el marbete «Padrón, Padrón, Santa María, Lestrove...». Camilo José Cela evocaba su niñez de un modo similar a como la recordaba por esos mismos años en la minuciosa elaboración del tranco primero del libro primero de *La cucaña. Memorias de Camilo José Cela*, titulado *La rosa*, que vio la luz en el otoño de 1959, especialmente en el capítulo «La reconquista de Iria», que cerraba la primera edición de uno de los más prodigiosos libros de memorias de la literatura española. Unos pocos años antes de iniciar la publicación de dichas memorias, en el *Correo Literario* dibujó con el título de «El cementerio inundado» (*Arriba*, 4-III-1947) el «viejo, cordial cementerio de Iria». En el artículo, el joven maestro CJC aparecía bajo el que sería uno de sus habituales perfiles, el de vagabundo —todavía no ha publicado el *Viaje a la Alcarria*— mirando lo que ve, lo que acontece a lo largo del camino:

Por la carretera de Iria baja a hombros de sus amigos el último muerto padronés. El caminante no sabe si es hombre o mujer, si joven o viejo, si padre o mozo. Las mujeres de negra toca a la cabeza van detrás, rezando el rosario en voz baja, pensando en sus afanes, múltiples como la vegetación.

El caminante los ve pasar, camino de los olivos de Adina y se descubre.

Por un momento, la mirada del viajero en su tierra natal ha reemplazado a la memoria evocativa. Mirada y memoria, dos sumandos que articulan las mejores esquinas de la literatura de CJC, se aparejan en estos artículos que fueron a parar al apartado «Balada del vagabundo sin suerte» del libro, impor-



Colegiata de Adina (Iria Flavia).

tante libro, *Cajón de sastre*, que Ediciones Cid publicó en 1957 inaugurando la colección Altor.

Al margen de otros muchos perfiles hay en la escritura de Cela un rasgo latente que aflora aquí y allá, y que la proyecta hacia el espacio-tiempo que le vio nacer y en el que reposa para la eternidad. Es el perfil del escritor que mira, con una mirada amasada en la memoria, la geografía que le vio nacer. No creo que se pueda echar en saco roto un dato que a menudo ha pasado inadvertido. El primer volumen en que el joven maestro reunirá sus iniciales colaboraciones en la prensa periódica, *Mesa revuelta*, publicado en Madrid en 1945, se abre con un artículo titulado «Iria Flavia», que había visto la luz en *Sí*, el suplemento del diario *Arriba* (25-VII-1943), y en la revista *Fénix* en agosto de ese mismo año. El año 1943 es año santo, con tal motivo el viajero CJC se acerca a Compostela para rezar ante el Apóstol, pero en esa aproximación reverbera en la mayoría de los párrafos Iria Flavia, «donde Dios, que es tan bueno conmigo, ha querido que naciera». De esas reverberaciones quiero recordar la que ofrece el cementerio de Adina:

Santa María la Mayor de Iria-Flavia, enlosada de epitafios, espantada en sus hieráticos santos románicos y rodeada de un cementerio —el tierno cementerio de Adina, de Rosalía— donde los muertos se cubren con dulce tierra, la madreselva olorosa y enamorada se cuelga por los muros y el olivo es el árbol funerario, alza su arquitectura al borde mismo del camino real.

La evocación desde la memoria o el bosquejo pictórico desde la mirada de esta tierra ubérrima están latiendo en la obra de Cela, especialmente en los primeros años de su andadura literaria y en los que la habrían de cerrar, aunque su presencia es una invariante de su silueta de escritor. Un ejemplo de ello lo encontramos en *El asesinato del perdedor* (1994) leemos: «El mirlo fue el pájaro de mi feliz niñez, el mirlo silba con mucha melodía y no disimula jamás los sentimientos [...] de niño en Iria Flavia tuve un mirlo que se llamaba *Tabeirón* que silbaba los primeros compases de la Marcha Real, se los enseñé yo con mucha paciencia».

CELA, VIAJERO: *DEL MIÑO AL BIDASOA* (1948)

Tras una azarosa aventura editorial en la primavera de 1948, Camilo José Cela publica, en edición de Revista de Occidente, *Viaje a la Alcarria*. La crítica saluda al libro —que nació del viaje que el escritor realizó a finales de la primavera del 46 acompañado del fotógrafo Karl Wlasak y Conchita Stichaner— con aplauso unánime. Un personaje clave en las andanzas del primer Cela, Juan Aparicio (1906-1996), desde 1941 delegado nacional de la Prensa del Movimiento, quien ya había publicado unas iniciales tres entregas del *Viaje a la Alcarria* en *El Español. Semanario de la Política y del Espíritu* en el verano del 46, decide que el joven escritor, al que viene protegiendo desde el aldabonazo de *La familia de Pascual Duarte* (1942), debe ser colaborador del diario vespertino que dirige desde 1946, *Pueblo*, órgano de la Delegación Nacional de Sindicatos.

Aparicio consulta su decisión con CJC en julio del 48: el escritor acepta su propuesta, que no es otra que la de realizar de inmediato un viaje, financiado por *Pueblo*, para que dentro de la órbita de las notas de vagabundaje que Cela acaba de consolidar en *Viaje a la Alcarria* ofrezca una propaganda indirecta de las residencias veraniegas de la Organización Sindical. En la carta (11-VIII-1948) en que Aparicio formaliza el acuerdo, le indica que

el eslogan de la campaña ha de ser algo por estilo a lo siguiente: «Cómo veranean los trabajadores españoles», «Gran reportaje por el novelista Camilo José Cela». Tendrás que conjugar paisajes, tipos, costumbres, dejando ver por debajo que, gracias al Estado de Franco y a la Organización Sindical, ocurre esta coyuntura de movilizar a los hombres y a las mujeres del pueblo español con ocasión de las vacaciones, conociendo mejor y pudiendo amar de esa manera a su patria.

Cela se pone en marcha de inmediato. Tiene un mes para llevarlo a cabo. El 4 de setiembre aparece en *Pueblo* la primera entrega; la última, que atañe al recorrido del Miño al Bidasoa, ve la luz el 20 del mismo mes (las restantes, hasta veinticinco, con materia geográfica andaluza, finalizaron el 6 de noviembre). Son el germen del libro *Del Miño al Bidasoa. Notas de vagabundaje* (Barcelona, Noguer, 1952). Las crónicas de *Pueblo* llevan el marbete genérico de «Y así veranean los trabajadores. La vuelta a España de un novelista». En la primera justifica que se haya descalzado las botas de siete leguas: «España es un puzle



El río Navea.

de grandes y extraños países que no pueden empalmarse a pie». Por ello no se trata de un viaje de cabotaje, sino de altura, y «el viajero —escribe Cela—, contra su costumbre, no va a hacer en este viaje folklore, sino turismo».

Las notas gallegas del viaje se inician en el Barco de Valdeorras y son un prodigio de sintética precisión geográfica: «Por la Puebla de Trives pasa el río Navea y entre la Puebla y Castro Caldelas, los altos de Cerdeira, llegan a los novecientos metros». Son una delicia las subjetividades del viajero: «Frente a Iria Flavia, entre un bosquecillo de carballos y sobre la falda del monte Meda, duermo el caserío de Pedreda, lleno, para el viajero, de remotos recuerdos infantiles». Y, naturalmente, se refieren a las residencias, la de Luis Collazo, a la entrada de la bahía de Vigo, o la del Grajal, «para señoritas», a la entrada de «La Coruña, que es una ciudad demasiado hermosa».

Estas crónicas que, como CJC confiesa en el prólogo a la primera edición de 1952, «fueron el huevo de estas páginas» y que fascinaron a Carmen Laforet, quien reseñaba el libro en *Destino* (21-II-1953) como obra de gran empeño (desde luego el escritor la recreó con tenacidad y esmero), no acabaron donde Aparicio quería, un libro de propaganda, entre otras razones porque «a los jefes de la Organización Sindical les han parecido poco sindicalistas», según le escribe el 30 de setiembre de 1948. Desembocaron en una obra maestra de la literatura de viajes, en la senda de Unamuno, Azorín, Ortega y Josep Pla, que tan bien conocía el genial escritor gallego.

CAMILO JOSÉ CELA Y OURENSE

Antes de que Ourense (provincia y capital) tuviese un importante papel espacial en una de las mejores novelas del premio Nobel Camilo José Cela, *Mazurca para dos muertos* (1983), que compone con *La cruz de San Andrés* (1994) y *Madera de boj* (1999) la trilogía novelesca de materia gallega, el escritor se había referido a la provincia y a la capital en textos que forman parte del universo literario de sus libros de viaje y de sus libros de memorias, concretamente de *Del Miño al Bidasoa* (1952) y *La rosa. Memorias de Camilo José Cela* (1959).

El 10 de junio de 1957, pocos días después de leer su discurso de ingreso en la Real Academia Española, Cela pronuncia en el salón Noble del Liceo de Ourense la conferencia «Cuatro figuras del 98». Presentó al conferenciante don Vicente Risco, quien se había ocupado de traducir al gallego *La familia de Pascual Duarte*, prologada por don Ramón Otero Pedrayo (se publicó en 1962, después de una azarosa historia editorial). En dicha conferencia —en la que trató de Unamuno, Valle-Inclán, Baroja y Azorín— manifestó, según resume *La Región* del 11 de junio, «su alegría por hablar en Orense, ciudad a la que encuentra, después de ocho años, que es el tiempo transcurrido desde su última visita a la misma, acrecida en todos los órdenes y tan atenta como siempre a las manifestaciones del espíritu».

Y, en efecto, Cela pasó velozmente por Ourense a finales del verano del 48 cuando por encargo del diario del sindicato vertical, *Pueblo*, de su director y protector del joven Camilo, el todopoderoso Juan Aparicio, escribió las crónicas que fueron el punto de partida de *Del Miño al Bidasoa*. En la crónica publicada el 11 de setiembre del 48, el viajero cuenta su llegada en coche a la comarca de Valdeorras, procedente de Ponferrada. Narración de la que *Pueblo* censuró el siguiente pasaje, que citamos completo:

El viajero, por ver de refrescarse un poco, se detiene y se mete en una taberna a beberse un blanco. Todos estos montes tuvieron una revuelta historia postbélica de partidas que se quedaron haciendo la guerra por su cuenta. En el mostrador, un contribuyente de boina y zamarra bebe una taza de vino. El viajero le habla.

—¿Quedan muchos maquis por aquí?

—No, señor; ya hemos bajado todos al pueblo.



Ilustración de *Del Miño al Bidasoa* (1952).

El viajero atraviesa Puebla de Trives, los altos de Cerdeira y llega a Castro Caldelas: «Castro Caldelas tiene un bello castillo almenado, con las torres cubiertas de enredadera». Más adelante cruza el puente «sobre el salto del Mao que da luz a Orense». En el alto del Rodicio se apea del coche para contemplar el paisaje «ancho y espléndido de los valles de Maceda y Couso».

Y por fin Ourense, donde come, toma café, lee el periódico y deja pasar el tiempo: «Hace un calor intenso y pegajoso». El viajero tiene prisa por llegar a Vigo (son las dependencias del pacto con *Pueblo*) y anota a vuela pluma su paso por Rivadavia, «donde los viñedos lucen, bien cultivados, con mil verdes diferentes».

Cuando cuatro años después, 1952, ve la luz la primera edición de *Del Miño al Bidasoa*, la estructura y la intención de la semilla periodística se han diluido bastante. El viajero (ahora, vagabundo) llega a Ourense en el capítulo segundo del libro, procedente de Santiago y camino de A Coruña (itinerario que a buen seguro Cela realizó en el verano del 49). Deja atrás Lalín y «se mete en Piñor, el pueblo donde tiene primos en cada parroquia y primas en cada aldea en busca del monasterio de Osera». De allí parte hacia Ourense, «ciudad levantada a buen golpe de cincel sobre piedras de ilustre antigüedad».

Cruzando el puente romano, el vagabundo se encuentra con su primo Benitiño do Chao (los encuentros con otros personajes son habituales en el libro del 52), cuyo magistral retrato debe ser leído como muestra de la mejor literatura celiana. Juntos visitan la catedral, van a ver las Burgas y se acercan a las parroquias del caserío y del campo de Ourense, porque «nunca falta la caridad de una palabra de buen amor, la fe de un vaso de buen vino o la pagana esperanza de una moza de buena planta». Con la caída del sol, Benitiño y el vagabundo divagan sobre la fundación de la ciudad: el troyano Anfíloco, los celtas, los suevos o los romanos. Al día siguiente, juntos emprenderán el camino de A Coruña.